

La excelencia profesional a la luz de la ética

Artículo sobre Rafael Escolá publicado en Expansión del 25 de enero de 2003

En más de una ocasión he dicho -y escrito- que, si la dimensión ética debe formar parte de la cultura empresarial, con no menos razón la eficiencia profesional debe ser un indispensable componente de la preocupación ética del empresario. El directivo de empresa que no se esfuerza por adquirir la excelencia profesional, no es un directivo ético, por muy buenos sentimientos que piense tener. Y, viceversa, el directivo de empresa que pretende desarrollar al máximo su eficiencia técnica, pero no se preocupa de respetar las normas de la ética realista, que se fundamenta en la libre afirmación del ser del hombre y conduce a vivir siempre de acuerdo con la verdad, no es un directivo eficiente. Comportamiento ético y actuación eficiente son los dos componentes inseparables de la excelencia profesional.

Esta afirmación no corresponde a un ideal inasequible, como piensan aquellos que, en la gestión empresarial, llevados de la codicia, buscan el lucro personal por caminos torcidos, “porque todos lo hacen” o desearían hacerlo si pudieran. O aquellos otros que gestionan empresas que, por su ineficiencia, son candidatas natas al soborno y a la extorsión para sobrevivir. Ambas cosas hemos podido ver, en los últimos tiempos, con ocasión de los escándalos financieros que tanta tinta han hecho correr y que, en nuestro país, han despertado la preocupación por encontrar remedio a tales desmanes.

El análisis de estas irregularidades permite afirmar que la causa de las mismas no es el modelo de libre economía de mercado sino, que son debidas, por un lado, a la ineficiencia de los que, especialmente desde los Consejos de Administración, tenían que vigilar la actuación de los ejecutivos y, por otro lado, al comportamiento inmoral de estos ejecutivos, engañando a sus presuntos controladores o logrando su connivencia. De aquí que, sin obstáculo de aceptar la conveniencia de implantar, respetando la libertad de organización empresarial, ciertas normas de buen gobierno corporativo, así como la necesidad de que exista, para la defensa de los inversores, un marco legal que exija la información completa y veraz de la situación de la empresa y un régimen de sanciones para los que lo violen, afirmo que la única manera de asegurar que el sistema de mercado -y no hay otro mejor- produzca satisfactorios resultados, creando riqueza y bienestar para el mayor número, es que las personas que actúan dentro del sistema, cada una en su específico papel y en su propio nivel, tiendan a la excelencia profesional en la que, como queda dicho, confluyen la eficiencia técnica y la integridad moral.

Afortunadamente, en contra de las rechazables opiniones pesimistas sobre la naturaleza humana y sobre la sociedad en general, la búsqueda de la excelencia profesional no es algo reservado a exiguas minorías selectas sino que son mayoría los que en el ámbito empresarial abrigan este propósito, aunque hagan menos ruido -el bien rara vez lo hace- que los pocos que vulneran los principios que lo definen. Y, además, entre los que tienden a la excelencia, no son pocos los que la alcanzan. Hoy, las circunstancias me llevan a fijarme en uno de ellos, debido a la feliz coincidencia de tratarse de un compañero de promoción en la carrera de Ingeniero Industrial y de la proximidad de la presentación en Madrid de la Fundación, que lleva su nombre -Rafael Escolá- y que ha sido creada por la empresa IDOM que él fundó en 1951 y presidió hasta 1979, para continuar después transmitiendo su experiencia profesional y ofreciendo su consejo desinteresado a numerosas generaciones de ingenieros.

Rafael Escolá Gil nació en Barcelona en 1919, estudió el bachillerato en el colegio de los Hermanos de la Salle en Bonanova y yo le conocí -después de la guerra civil- en 1940,

cuando procediendo de diferentes Academias de preparación para el Ingreso en la Escuela Superior de Ingenieros Industriales, coincidimos en el primer curso de la carrera que cursamos en el viejo edificio de la calle Urgell, acabándola en 1945.

A partir de aquel momento, nuestras vidas divergieron, ya que él marchó a Madrid, quedándome yo en Barcelona; y cuando yo fui a Madrid, él ya se había desplazado a Bilbao, donde, en 1995, murió. Sin embargo, siempre seguimos unidos por la estrecha amistad que, con identificación de ideales, surgió durante los años de la carrera. Esto me permite afirmar que Rafael Escolá fue una persona no sólo preocupada por adquirir la excelencia profesional, que logró plenamente, sino también, y sobre todo, motivado por la formación técnica y ética de todos los profesionales y, en especial, de los ingenieros. Su preocupación por la técnica le llevó a crear, dentro de IDOM, una “escuela” de post-grado para continuar la formación de los recién salidos de las Escuelas de Ingenieros hasta que encontraban un puesto de trabajo. Su preocupación por la ética se puso de manifiesto en la publicación -entre los seis libros que editó- de una “Deontología para Ingenieros” -“Ética para Ingenieros” en su segunda edición- en la que trata de definir lo que es lícito y lo que es ilícito en el quehacer profesional, analizando el porqué de las acciones. El libro, dividido en cinco partes, analiza en la primera los actos que por sí mismos son siempre lícitos o ilícitos, pasando después a analizar la bondad o maldad, según la intención del agente y según las circunstancias concurrentes. Dando fe de la personalidad eminentemente práctica de Escolá, el libro termina con una serie de casos reales con implicaciones éticas, que deja extraer al lector, aunque posteriormente se aportan las consideraciones que permiten concluir si el comportamiento descrito en cada uno de los casos fue ético o no.

De todo lo dicho, fácilmente se colige que Rafael Escolá poseía esa característica esencial del líder que consiste en servir a los demás, motivándoles para que, de propia iniciativa, hagan lo que tienen que hacer. La Fundación que, con su nombre, ha creado IDOM recoge las inquietudes que Rafael Escolá tuvo y desarrolló en su intensa vida, en orden a la formación técnica y ética de los profesionales, así como a la difusión de conocimientos como ayuda a la sociedad. Su propósito es promover la excelencia profesional en las actividades relacionadas con la Ingeniería, la Arquitectura, la Consultoría y la Cultura. De esta forma se prolongará, en el tiempo, la actitud vital del que fue mi excelente colega y entrañable amigo.